

LA APERTURA MENTAL COMO VIRTUD DESEABLE EN LA INVESTIGACIÓN INTERDISCIPLINAR*

— María G. Calleja**

Even though ideal open-mindedness is intellectually demanding and perhaps impossible to attain, our effort to reach it help us to reap the fruit of truth-conduciveness; we are more likely now than before to reach true beliefs

— Jack M. C. Kwong

RESUMEN

En el presente artículo se argumentará que la apertura mental es una virtud intelectual deseable en los científicos, especialmente, por el carácter interdisciplinar del quehacer científico. En la primera parte se revisarán distintas definiciones de la apertura mental, para aceptarla como virtud intelectual. En segundo lugar, se considerará el carácter interdisciplinar de la ciencia. Desde ahí, se argumentará que es deseable que el científico tenga la virtud de la apertura mental, es decir, una disposición a identificar sus propios límites epistémicos, los cuestionamientos que están al límite con otras disciplinas y que discierna si es debida una colaboración con otras disciplinas para lograr un paradigma coherente y amplio de la realidad que estudia.

Palabras clave: *Virtud intelectual, apertura mental, interdisciplina.*

ABSTRACT

This article has the purpose to defend that open-mindedness is a desirable intellectual virtue for scientists, especially due to the interdisciplinary nature of scientific endeavor. In the first part, different definitions of open-mindedness will be reviewed to accept it as an intellectual virtue. In the second part, the interdisciplinary nature of science will be considered. From there, it will be argued that it is desirable for scientists to have the virtue of open-mindedness, namely, a willingness to identify their own epistemic limits, the questions that arise at the limit with other disciplines, and to discern whether a collaboration with other disciplines is required, to achieve a coherent and broad paradigm of the reality it studies.

Key words: *Intellectual virtue, open-mindedness, interdiscipline.*

* Esta publicación fue posible gracias al apoyo de una subvención de la Fundación John Templeton. Las opiniones expresadas en esta publicación son de la autora y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Fundación John Templeton. (This publication was made possible through the support of a grant from the John Templeton Foundation. The opinions expressed in this publication are those of the author and do not necessarily reflect the views of the John Templeton Foundation.)

** Becaria Austral-Templeton del Programa de Doctorado en Filosofía con Orientación en Fundamentos de las Ciencias Naturales y las Ciencias Cognitivas, en el Instituto de Filosofía de la Universidad Austral, Buenos Aires, Argentina (mgcallejacantu@mail.austral.edu.ar). Miembro del Centro de Estudios en Ciencia y Religión (CECIR-UPAEP), Puebla, México.

INTRODUCCIÓN

En el ámbito de la investigación académica se confía en que un investigador tenga criterio para analizar los razonamientos, que pueda debatir sus desafíos y que esté abierto a nuevas ideas que sean verdaderas. Todavía son más esperadas estas características cuando tal investigador trabaja con

expertos de otras disciplinas. Tales rasgos son propios de la apertura mental, una virtud que en este ensayo defenderemos como impulsora de la búsqueda de la verdad en general y como un hábito deseable en cada uno de los investigadores de un equipo interdisciplinar.

LA APERTURA MENTAL COMO VIRTUD INTELLECTUAL

La apertura mental es una virtud intelectual que suele identificarse con la recepción acogedora de cualquier postura, opinión, perspectiva, creencia o actitud distinta de la propia. Debido a esta definición es que se ha cuestionado si acaso la apertura mental es realmente una virtud intelectual. Por una parte, existe el riesgo de que sea contingente su camino hacia la verdad, es decir, que tenga demasiadas condiciones y, por tanto, que no lleve directamente al conocimiento verdadero, como defienden Carter y Gordon, Aberdein o Levy (Kwong, 2017). Y, por otra parte, al enfatizar la apertura de posibilidades, se teme que pudiera favorecer en demasía la tolerancia al grado de que, en consecuencia, las personas no lograran formar convicciones firmes sobre cuestiones morales relevantes, como menciona Peter Gardner (1996).

Las exposiciones ya mencionadas trazan algunos límites de la apertura mental, aunque ciertamente todavía son definiciones incompletas. James Spiegel (2012) estima que la razón por la que se forman opiniones como la de Levy o Gardner, por ejemplo,

es la concerniente a una versión limitada de lo que significa ser *mentalmente abierto*, normalmente entendido como sinónimo de apertura indiscriminada. Él reflexiona sobre la importancia de comprenderla de la mano de otras virtudes intelectuales, como el discernimiento, para no caer en los excesos mencionados.

Si bien Spiegel nos orienta la mirada para evitar estrecheces en la definición de la apertura mental, la propuesta de William Hare (1987) nos introduce en su esencia. Él nos dice que se trata de una cualidad intelectual que compromete a considerar y aceptar aquellas ideas nuevas que pasen el escrutinio, mismo que se encuentra en el *justo medio aristotélico* entre el dogmatismo y la credulidad. Para Hare, la apertura intelectual es un requisito para el conocimiento, pues alguien que no está abierto al escrutinio serio de los argumentos no puede realmente estar dispuesto a conocer.

Wayne Riggs (2010), por su parte, hace énfasis en que el acto de evaluar con apertura los desafíos de la propia visión es posible

cuando uno reconoce que sus procesos son fallibles, ya sea por un sesgo o por un prejuicio. Y por ello, la apertura mental como virtud tiene dos requerimientos: el *auto-conocimiento* de los propios sesgos y prejuicios y el *auto-monitoreo* de la presencia de éstos para contrarrestarlos.

Con lo anterior, ya podemos esbozar lo que Jack M. C. Kwong (2017) llama *genuina apertura mental*, la cual solo puede presentarse cuando se cumplen tres requisitos. Si alguno no se cumpliera, realmente no se estaría hablando de este rasgo como virtud intelectual. Kwong recuerda la exposición de Baehr como una *disposición a considerar seriamente proposiciones nuevas u opuestas a la propia*, así como la puntualización de Riggs de que se requiere *autoconocimiento y automonitoreo*. Con ello explica que quien es abierto mentalmente está dispuesto a considerar su error o limitación epistémica con el compromiso de corregirse, si fuera necesario.

Además, Kwong subraya que esta disposición no obliga a una consideración seria de *cualquier* perspectiva que se presente, a menos que haya alguna que *pase el escrutinio cuando tiene una justificación suficiente*, tal como lo indicaba el planteamiento de Hare. De tal forma que, la apertura mental consiste tanto en *estar dispuesto* a reconocer las propias limitaciones, como a rechazar un contraargumento por estimarlo evidentemente inválido o con insuficiente evidencia. Quien es mentalmente abierto *sí* distingue entre una buena razón contraria o nueva, y una insuficiente.

Así, quien acepta cualquier opinión como válida y la pondera igual que todas las demás, por absurda que sea, cae en el extremo de la credulidad; y quien no acepta ningún debate, por fuerte que sea, cae en el extremo del dogmatismo. Por ello, Kwong recalca que, incluso en ambientes ideales, ni el dogmatismo ni la credulidad permitirían el desarrollo del conocimiento tal como lo hace la apertura mental. Aquí Hare acierta en identificar que el discernimiento propio de la apertura mental se coloca en el paradigma aristotélico del *justo medio entre dos extremos*, pues ésta permitirá examinar las propias convicciones, sin perderlas o cambiarlas necesariamente, tras el reconocimiento y escrutinio de perspectivas contrarias o nuevas.

De acuerdo con Kwong, también la apertura mental, como buena virtud, requiere esfuerzo y colaboración de otras virtudes. Reconocer las propias limitaciones ya implica una gran dificultad y trabajo conjunto con otras virtudes, principalmente la humildad intelectual. Pero también la escucha, el esfuerzo por comprender al otro y analizar lo que propone con seriedad trae consigo un esfuerzo propiamente intelectual, que encamina hacia la distinción sobre lo verdadero y lo falso. La apertura mental no puede ser una apertura acrítica de posiciones nuevas o diferentes, sin ningún tipo de reflexión intelectual sobre ellas; en cambio, *implica un empleo de las facultades intelectuales en el discernimiento*, mismo que es propio de la búsqueda de la verdad, sobre todo, en el ámbito académico.

En esta primera sección podemos concluir

que la apertura mental, siendo una disposición que incentiva el examen serio de las propias limitaciones para un discernimiento serio de las propuestas epistémicas, por tanto, una virtud intelectual que favorece el trabajo académico y, con ello, la

búsqueda de la verdad.

Ahora veamos si su aplicación estimula la comprensión colaborativa en la investigación interdisciplinar.

LA APERTURA MENTAL PARA LA INVESTIGACIÓN INTERDISCIPLINAR

La apertura mental es, entonces, deseable para la búsqueda de la verdad, que es el objetivo propio de la investigación científica. Ahora bien, el quehacer científico, para obtener conocimiento verdadero, no se sacia con las investigaciones de una única disciplina, metodología, o investigador aislado. En realidad, la cosmovisión que aporta la ciencia evita los reduccionismos cuando se reconoce su carácter *interdisciplinar*, o bien, cuando se admite una diversidad de metodologías disciplinares que por medio de una interacción colaborativa permita armonizar los distintos contenidos y niveles temáticos sin perder la identidad de cada una y, con ello, abordar auténticamente la búsqueda de la verdad (Vanne, 2018).

Este carácter interdisciplinar de la ciencia acepta que hay conexiones de unas disciplinas con otras y, a su vez, respeta los límites epistémicos de cada una. Vemos, pues, que un ambiente científico exige, al menos, la advertencia de que la propia disciplina es limitada y que se puede complementar con otras. Pero exige, todavía más, el trabajo colaborativo de los investigadores de cada disciplina para que la búsqueda de la verdad no se encierre en especializaciones y no pierda su objetivo de proporcionar un

paradigma coherente de las distintas áreas del conocimiento.

Ahora, ¿cómo hacer florecer un trabajo interdisciplinar? En principio, por medio de la virtud. El investigador, como es un *intelectual*, no puede separarse de las virtudes intelectuales, puesto que fortalecen su fin propio en la adquisición de la *excelencia* en la comprensión de la realidad (Sertillanges, 1984). Y entre las virtudes intelectuales, la apertura mental tiene un papel especial para este propósito. A continuación, explicaré las razones.

En primer lugar, debido a la disposición de *apertura seria hacia lo nuevo o distinto evaluando las propias limitaciones epistémicas*. Sabemos que los investigadores tienen una formación de hábitos y métodos acordes al objeto de estudio en el que se especializa. Con los cuales, en ocasiones, se pretenden entender todos los aspectos de la realidad, desviándose de una mirada interdisciplinar. Así pues, en la apertura mental se dispone al autoconocimiento y el automonitoreo de los propios sesgos y prejuicios epistémicos dados por la formación o la experiencia. Estas prácticas permiten comenzar a reconocer los puentes explicativos con otras

disciplinas y comenzar a identificar aquello que Nathan Ballantyne llama *preguntas híbridas*, es decir, aquellas que son formuladas y contestadas combinando evidencia y técnica en dos o más campos distintos¹. Estas preguntas permitirán que cada investigador distinga, de cada objeto de estudio, los diferentes niveles temáticos. A su vez, lo facultará para ir aprendiendo a valorar en cuál es experto y, de la mano de otras virtudes intelectuales, como la humildad intelectual, también reconocerá sus límites y no llegará a transgredir los de otras disciplinas.

En segundo lugar, porque la apertura mental dispone *al escrutinio de propuestas que presentan suficiente justificación* para ser evaluadas. Este punto es crucial en la práctica de investigación interdisciplinaria, pues reclama un compromiso para comprender considerablemente lo que el otro quiere decir en el sentido que lo pretende. Cuando tenemos dos investigadores de la misma disciplina, supongamos *A* y *B*, si *A* propone una nueva perspectiva a *B*, entonces *A* es capaz de comprender el lenguaje, el método y los resultados, porque está habituado a comprender el procedimiento racional de esa área. *A* puede –entendiendo que tiene apertura mental– identificar con claridad, quizá cuestionando un poco a *B* en detalles sobre la perspectiva, si su propuesta tiene o no justificación suficiente para pasar a un escrutinio. Pero si *A* y *B* fueran de disciplinas distintas, para *A* podría ser más dificultoso valorar la propuesta de *B*.

Pero es que la apertura mental no consiste en simplemente escuchar otras propuestas, o incluso, quedarse únicamente en el reconocimiento de otras perspectivas (como se indica en el punto anterior), sino que consiste en dar un paso más: la apertura mental dispone a la escucha con atención para escrutar sobre la respectiva pertinencia de una perspectiva concreta (Price, Ottati, Wilson y Soyeon, 2015). Por supuesto que, en un ambiente interdisciplinar se requerirá un trabajo previo, quizá de años, para entrenar el oído y la mente para adentrarse en el mundo de las disciplinas distintas con las que se trabaja de forma que se valore adecuadamente la interrelación que hubiera sobre algún aspecto de su investigación. En eso consiste precisamente tener apertura mental, a saber, estar dispuesto a comprometerse a aprender a valorar, como pertinente o no, y en su correspondiente nivel epistémico, la perspectiva que se me presenta.

Así, en tercer lugar, la apertura mental en un ambiente interdisciplinar es un ejercicio intelectual deseable para la valoración de la colaboración de las disciplinas, reconociendo niveles y contenidos epistémicos que vayan orientando hacia la formación de paradigmas coherentes entre disciplinas. Cabe aclarar que la apertura mental en una investigación interdisciplinar no es un ejercicio para volverse experto en una disciplina, sino para la colaboración atenta y seria de los problemas y preguntas híbridas.

En conclusión de esta segunda parte, la

1 "Addressed and answered by combining evidence and techniques from two or more fields" (Ballantyne 2019, 372).

apertura mental es una virtud deseable para hacer florecer el proceso integral del trabajo interdisciplinar en términos de

búsqueda de la verdad, para la formación de paradigmas coherentes.

CONCLUSIÓN

En conclusión, la apertura mental es una virtud intelectual que consiste en un comprometido esfuerzo intelectual, que va de la mano con otras virtudes, para discernir seriamente acerca de las ideas nuevas o contrarias que presenten razones suficientes para ser evaluadas. Así, es un hábito intelectual beneficioso para la adquisición de la excelencia en la comprensión de la realidad. Esta comprensión, buscada en el quehacer científico, va cumpliendo su objetivo no solo cuando se desarrolla un área de conocimiento, sino cuando las disciplinas interactúan y colaboran sin transgredir sus límites para ir forjando una cosmovisión amplia y más completa de la realidad.

Y es precisamente la apertura mental la virtud que dispone a los investigadores de manera general como en un ámbito interdisciplinario a no encerrarse en sus sesgos metodológicos y epistémicos. Es la apertura mental la que permite que en la universidad, particularmente, donde se realiza la labor científica, sea realmente un ambiente donde los saberes dialogan, los investigadores colaboran y están buscando un saber universal, un saber no esquizofrénico. Sin duda, la apertura mental, entendida genuinamente, no es una empresa fácil. Como indica el fragmento inicial de este ensayo: ésta no consiste en una virtud fácil de obtener, pero sus frutos son un camino propicio para alcanzar conocimiento verdadero.

REFERENCIAS

- Baehr, Jason. 2011. "The Structure of Open-Mindedness". *Canadian Journal of Philosophy* 41, no. 2: 191-213. <http://dx.doi.org/10.1353/cjp.2011.0010>
- Baehr, Jason y Linda Zagzebski. 2014. "Are Intellectually Virtuous Motives Essential to Knowledge?". En *Contemporary Debates in Epistemology*, editado por Mathias Steup, John Turri, y Ernest Sosa, 133-152. Nueva York: John Wiley & sons.
- Ballantyne, Nathan. 2019. "Epistemic Trespassing". *Mind* 128 (April): 367-394.
- Gardner, Peter. 1996. "Four anxieties and a reassurance: Hare and McLaughlin on being open-minded". *Journal of Philosophy of Education* 30, no. 2: 271-6.
- Hare, William. 1987. "Open-mindedness in moral education: three contemporary approaches". *Journal of Moral Education* 16, no. 2: 99-107.

Kwong, Jack M.C. 2017. "Is Open-Mindedness Conducive to Truth?". *Syntheses* 194: 1613-1626.

Paternotte, Cedric, y Milena Ivanova. 2017. "Virtues and vices in scientific practice". *Syntheses* 194: 1787-1807.

Price, Erika, Victor Ottati, Chase Wilson, y Soyeon Kim. 2015. "Open-Minded Cognition". *Personality and Social Psychology Bulletin* 41, no. 11: 1488-1504.

Riggs, Wayne. 2010. "Open-mindedness". *Metaphilosophy*, 41, no. 1-2: 172-188.

Sertillanges, A. D. 1984. *La vida intelectual. Espiritu-Condicion-Métodos*. México: Editorial Porrúa, S. A.

Spiegel, James S. 2012. "Open-mindedness and intellectual humility". *Theory and Research in Education* 10, no. 1: 27-38.

Vanney, Claudia. 2018. "El fenómeno de atención conjunta en la investigación interdisciplinar. Una fundamentación para el diálogo entre ciencia y religión". En *Ciencia, Filosofía y Religión. Nuevos aportes para el diálogo*, editado por Miguel De Asúa y Pablo Figueroa, 23-42. Buenos Aires: Ágape.

